

LAS HORAS INTIMAS

ELOGIO DE CARLOTA MALIGNES



ne impecable digna de todas las imploraciones líricas; señora voluble del cerrado castillo que tiene palomas blancas para besar en el pico y pari de suspiros para su cautiverio; amante ideal, a quien se puede amar de cerca, con toda la reverencia de la rodilla doblada, y se puede amar de lejos, en la simplica mendiga del madrigal. ¿Quién podría criticar a tan romancescos amadores su desatentada pasión por una mujer que había cometido la indiscreción de dejar saber las congojas juveniles de su vientre de flor?

Pero no creas, lector, que esta gloria amorosa de Carlota Malignes no tuviera su anverso de miseria humana. Junto a la devoción de pajes, juglares y señores, Carlota Malignes tuvo desde entonces el franco rencor de todas las mujeres de la historia y más de la leyenda. Su primer amante fue R...

SAGRADO

Universidad del Sagrado Corazón

NOTA

Este documento no está disponible en línea. Puede encontrarlo en la Colección de Emilio S. Belaval en la Sala de Información e Investigación en la Biblioteca Madre María Teresa Guevara de la Universidad del Sagrado Corazón.

mi más respetuosa reparación en los ojos, he aspirado su perfume de sombras, he escuchado su acento amoroso, mientras desdobra su gracia femenina en el viejo rincón donde la contemplo. Debo explicarte, lector, de dónde proviene esta Carlota tan ilustre como Eonice, como Lady Hamilton o como Eleonora.

La ascendencia de mi amiga tiene en su tronco categoría heráldica de diosa. Entre las abuelas de su casa se encuentra Diana, la de las piernas blancas, quien por poco muere con el vientre sellado en forma de flor, si no hubiera cometido la imprudencia de curiosar el arrogante sueño del bello Endymión. Podría enumerarte una línea descendente de lo más linajudo en cuanto a blancura y forma impecable,

hiedra milenaria hasta el foso, para servir de olorosa escala al romántico Wolfram. Estamos ante un romance del medioevo y no debe extrañarnos que aquella canción tuviera por premio la primera noche de amor de la linda Carlota, alumbrada la cita por un opalescente velón deshecho en discreto palaciego.

De aquel primer encuentro con la poesía, Carlota Malignes aprendió muchas cosas, entre ellas, que el pelo rubio a pesar de su resistencia para servir de escala, es la más estéril coraza del

